

CRÓNICA

La Orinoco y Ciudad Piar

Narciso Pérez García

Narart@hotmail.com

...



Dispuesta entre elevaciones de mediana altura en forma envolvente, fresca y apacible, levantada después del descubrimiento de los mayores yacimientos de hierro de la nación, Ciudad Piar poseía el signo de lo nuevo. Para nuestra llegada en el año 1961 tenía pocos años de fundada y contaba con el urbanismo de cinco campos con viviendas diferenciadas, cada uno proporcional a la mano de obra empleada y una infraestructura de servicios amplia y moderna. Sin arrogancias, pero con la holgura de un diseño funcional, el asentamiento exhibía su inserción a una geografía de sabanas y morichales respetando su naturaleza original.

Sin embargo, la concesión entregada por el Estado la hacía un nicho cerrado donde las personas tramaban sus relaciones a partir de la relativa pertenencia y estabilidad que le brindaba su relación laboral. Para ese momento, la propiedad de las viviendas era de la Orinoco Mining Company y cualquier intención de permanecer en el sitio más allá de dicho vínculo resultaba irreal; incluso, la autoridad civil era una pequeña prefectura y un puesto de la Guardia Nacional, irrelevante frente al despliegue de camionetas amarillas en permanente supervisión de plantas de electricidad, vigilancia de vías férreas e instalaciones industriales del aparato de seguridad de la empresa. Adicional-

mente, una vez al año y durante quince días, se franqueaba un período de “Reducción de Personal”: Eran momentos inciertos y de mucha tensión para las familias, pendientes de unos gerentes que informaban del despido unas horas antes de finalizar la jornada de trabajo. Con el tiempo, pudimos comprobar que sin problemas de manejo y desempeño, las personas responsables conservaban sus empleos.

Un complejo de oficinas administrativas de arquitectura rectangular coronando una colina al lado del portón de entrada a la mina con el profesional nombre de “Relaciones Industriales”, comportaba para nosotros un inescrutable lugar. Lo suponíamos el sitio donde se tomaban las decisiones importantes para el accionar de la Compañía: Allí llamábamos para solicitar reparaciones en las viviendas desde el teléfono de los bomberos, una acción que tenía el encanto adicional de escuchar la voz del interlocutor a través de la línea al tomar el “extraño” objeto; allí llevaban a las personas despedidas, le decían “lo bajaron” y en un trámite rápido y expedito se le entregaba su liquidación poniendo final a la relación laboral. Un mundo funcional y tolerante que sin embargo, administraba el garrote de manera implacable y en su momento preciso.

Pero su proceder estaba lejos del capricho y la retaliación; más aún, al pasar los años, mostró todo el poder benefactor que los grandes proyectos tienen para un país cuando son debidamente concebidos sin dobleces y corruptelas. Con una inversión cuantiosa y un concepto claro que incorporó tecnologías de punta para el manejo de la mina, sin descuidar la salud, educación y alimentación de las familias, deteniéndose en los aspectos ambientales del impacto de su intervención en una geografía de delicado equilibrio ecológico; y además, respetando la libertad sindical y política de sus trabajadores, la “Orinoco” como así le llamaban, se ganó el respeto y reconocimiento de una población que encontró la seguridad y compensaciones por las que valía la pena darse por entero en el trabajo.

Si juzgamos la manera como se desarrollaron los hechos desde los primeros viajes exploratorios para recoger datos sobre el yacimiento y la formulación del proyecto, hasta su cabal funcionamiento, no podemos dejar de admitir lo acertado de su planificación y la clara definición de sus metas. Mostrando el enorme alcance que posteriormente veríamos en los grandes desarrollos hidroeléctricos del Caroní, no solo se levantaron dos centros urbanos gemelos modernizando la vialidad que los entrelazaba, sino que se dragó el Orinoco y se construyeron muelles conectando sus instalaciones con una línea férrea hasta la mina, haciendo realidad el comienzo de la industria extractiva de mineral de hierro a gran escala en el país.

Por la necesidad de mantener informada a las familias, se creó la revista “El Minero”, órgano de la Empresa por donde eran reseñados los acontecimientos más relevantes

de Pto Ordaz y Ciudad Piar. Su cuidada edición mensual y en papel Glasé daba la oportunidad de conocer su mundo interior, refiriendo la entrega de botones y plumas merecidos por años de servicio, las entrevistas a gerentes anunciando logros y planes, los acontecimientos sociales como los jardines premiados y las reseñas de eventos deportivos especialmente las victorias del equipo de Béisbol Altamira. Los residentes coleccionaban sus ejemplares y era motivo del mayor orgullo tener la suerte de salir en una de sus entregas, tejiendo un mundo funcional de relaciones entre trabajadores y empleados, poniendo de relieve el enorme poder y autoridad de una organización de la que nadie dudaba y cuya mayor expresión era el enorme tonelaje de exportación anual, un dato muy presente que llenaba de orgullo al personal de la compañía al sentirse partícipes de su logro.

Lógicamente, la actividad laboral estaba en el centro de las prioridades, apartando los planes personales del día después de finalizada la jornada, al ser requeridos por alguna emergencia en la mina, las familias se ponían en acción: era el momento de preparar algo rápido para la vianda, buscando el casco de seguridad, cambiándose de ropa para el trabajo, a la espera de la emblemática camioneta amarilla que pasara a recogerlos. Las veces que fue requerido, mi padre nunca mostró desagrado, quizás por lo bien retribuidas de dichas jornadas o porque ellas eran también una muestra de la disposición del obrero frente a la gerencia, cosa de la mayor importancia. Ganar seguridad en el empleo, poder disfrutar de una vida ciudadana e ingresos que permitían el ahorro y diseño de los proyectos familiares, eran logros relevantes que no podían tirarse por la borda con conductas evasivas en momentos de apremio. Así, aunque los salarios no eran altos, al considerar lo recibido por el comisariato, la condonación del pago de los servicios y la vivienda o el acceso a un sistema gratuito de salud y educación de primerísima calidad, podía entenderse el tamaño de las ventajas disfrutadas. Esto se veía potenciado por las ansiadas utilidades en diciembre, un monto equivalente a tres meses de salario, permitiéndole adquirir carro y casa los trabajadores, algo vedado a la mayoría de los obreros venezolanos en otros sitios del país. Partiendo de una alta valoración por el desempeño, modelando un trabajador fajado que pagaba impuestos y era respetuoso con el resto de los residentes, se fue creando un ambiente de civilidad y suficiencia entre la población, disponiéndola hacia el esfuerzo y el éxito. En tal contexto, el delito de robo era inexistente y la violencia o las peleas, igual.

Sin embargo, el periférico asentamiento minero de cuatro mil personas, ocultaba la intensa y diaria disputa por el ascenso social, tejiendo su trama en medio de dos grandes verdades: Todos estaban de paso, ya que la propiedad de

las casas eran intransferibles, pero en la misma medida, interactuaban en un ambiente de camaradería y delicada diplomacia con el propósito de permanecer y ascender dentro de la estructura operativa de la Compañía, creando lazos y amistades más allá del trabajo que se harían duraderas. Así, fue apareciendo la tolerancia y acercamiento entre trabajadores provenientes de diversas regiones venezolanas y variadas nacionalidades, que incorporó el afectivo y extendido uso del apodo, bautizando comportamientos y perfiles que terminarían convirtiéndose en el segundo nombre de muchos de sus ciudadanos. Partiendo del respeto a sus identidades culturales, sin rechazar a nadie, fue construyéndose la pertenencia y argamasa social que la novísima ciudad necesitaba, cimentando el orgullo por el asentamiento definitivo de su población y el recuerdo por aquellos que partían.

Aun cuando se vivía en Venezuela, la política no era precisamente un asunto que ocupara la cotidianidad de los habitantes. En la elección presidencial de 1968, la gente asistió a una reunión en el cine con Rafael Caldera, candidato para esa justa electoral. No hubo exactamente un mitin, el orador tuvo una intervención escuchada en un educado silencio; luego, paseó por la ciudad en un carro descapotado dispensando saludos mesurados. No parecía ser cínico ni mentiroso, más bien, se sentía cierta franqueza transmitida con la seguridad de la honradez. Un público un tanto extrañado intentaba conectarse con el país político aunque sus ofertas carecieran de relación con la abundancia de medios de sus pobladores, más preocupados por las veleidades de su mundo social y el permanente encuentro para jugar cartas, asistir a los partidos de los equipos locales y compartir tertulias, por no hablar de las rumbas en el Club Social Altamira amenizadas por orquestas prestigiosas como la “Selección Río Caribe”; además, por la gran población sucrense de la Ciudad en la que se jugaba truco con entusiasmo, empezó a disfrutar de los “templetes” y desfiles, simultáneos a los dorados carnavales de Carúpano, la más grande y multitudinaria fiesta del caribe por esos tiempos.

Con el pasar de los años, he podido corroborar lo difícil de olvidar el territorio de la infancia y como lo vivido en tan temprana edad puede fundirse con el recuerdo de una ciudad concebida por encargo y erigida con el maravilloso acierto de la funcionabilidad. Francisco Carrillo Batalla, Moisés Benacerraf y Carlos Guina al diseñarla y construirla, consideraron en detalle los diferentes aspectos, incluso, colocaron la gasolinera en el centro y a la entrada, acertando en que estaría al alcance equidistante de cualquier punto del plano. Estos profesionales provenían de familias destacadas en el arte y el cine, siendo merecedores y por concurso de uno de los primeros y grandes contratos entregados a firmas latinoamericanas por consorcios

norteamericanos a comienzos de la década del cincuenta. El Judío sefardí y arquitecto Moisés Benacerraf, no solo era hermano de la sorprendente cineasta Margot Benacerraf, creadora del hermoso documental Araya premiado en Cannes y otro sobre Pablo Picasso, lamentablemente extraviado; sino, él mismo, viviría un tiempo la bohemia parisiense en una embarcación en Sena.

Pero Ciudad Piar atesoraba también, en su tranquila y apacible cotidianidad, el encanto de los trenes. Largos y lerdos bajaban con una cadencia igual a la manera como subían cuatro veces al día, advirtiéndonos entre poderosas explosiones para remover el mineral de la montaña, del transporte de la geografía del Cerro Bolívar. Morichales y muchos ríos se esparcían por sus alrededores dándole verdor a un urbanismo pequeño y limpio como una acrópolis, cuyos linderos con la sabana estaban delineados pulcramente con el grafismo de los terrenos deportivos. Desde posiciones altas podía observarse mejor su austero y amazónico diseño, permeando amablemente sus fronteras con las matas de mangos en los postreros patios de los Campos hasta el territorio indiscutible del chaparro, el moriche, las guayabitas sabaneras y los mereyes. Aun cuando la actividad extractiva se fue ampliando a casi todo el complejo de montañas, creando interconexiones viales, picas y la creación de lagunas, el cuidado diseño de las intervenciones y la poderosa maquinaria de la compañía, permitían el mantenimiento adecuado de los drenajes, humedales y aguas servidas, mostrando un desarrollo sustentable, conservando su amable clima.

Entre el cruce hacia la Paragua y el paso del puente sobre río Carapo, las primeras viviendas sombreadas de árboles frutales iban apareciendo a la derecha marcando el comienzo de la ocupación. Desde esta perspectiva era obligado panear la vista hasta el final, para encontrarse con el tanque de agua y el manantial, notoriamente ubicado al pie y en el medio de los dos grandes cerros. Desde ese sitio se podía ver más de cerca el tren y ahí nos parábamos con las bicicletas, detrás de los largos brazos de la señalización que se cruzaban entre sí con sus luces rojas intermitentes. Cargado con sus cien vagones, bajaba meciéndose por la pendiente conteniendo aquella larguísima y pesada serpentina con sus tres formidables locomotoras. Era un espectáculo ver sus ruedas friccionarse con los rieles, soltando chorros de acero fundido en medio del atronador chirrido metálico de los frenos. Estremecía escuchar y ver toda esa masa en movimiento, haciendo que en nuestra infantil fantasía nos transportáramos a un espacio cinematográfico del cual sólo regresábamos en la medida en que el tren se alejaba con su lento e inexorable balanceo.

De frente a la ciudad estaban los cerros Bolívar y Frontera, San Isidro y Altamira a la izquierda; yo culto detrás de este último, Arimagua, convertido en una insólita isla

por el lago de Gurí. Era un grupo de elevaciones dispuestas circularmente, con laderas de árboles desmarcados de la gramínea pintando de brochazos verdes sus depresiones. Más cercano a Ciudad Piar se erguía el cerro Frontera, de superficies despejadas cubiertas de vegetación de sabana: desde la distancia, daba la sensación de estar pulcramente cortada, modelando un relieve exterior imperturbable, apenas alterado por arbustos dispersos como abstractos habitantes. Este aire fantástico en su parte más alta, bajaba hasta el espacio de la verosimilitud donde pasaba la vía férrea y una vía engrazonada tapada por la floresta y cortinas de palmeras, volviendo la presencia del hombre, el marrón de su tierra y las primeras viviendas; en una de ellas un trabajador portugués en su tiempo libre, fue ganándole terreno a la sabana, cultivando un hermoso huerto de hortalizas, surtiendo a la ciudad de productos frescos.

Este complejo de cerros ferrosos eran inmensos pararra-

yos sobre los que caían tormentas eléctricas acompañadas de recios aguaceros, vertiendo torrentes por sus hendiduras en tránsito urgente hacia cuencas bajas de interminables morichales. Agua caída en medio de estruendosos relámpagos, lavando la tierra y exhibiendo su rostro mineral. Cuando todo pasaba, la sabana como una alfombra verde se proyectaba en el horizonte hasta fundirse en el azul del cielo, volviendo el sol con su luz dura y abrasante. Pendientes como estábamos, salíamos a complacernos en la caza de insectos y en ver los loros con su lento y pesado aleteo dibujando amplios arcos hasta caer en barrena sobre las copas de los mangos. Igual a los olores que anteceden los sabores de deliciosos manjares, la mezcla de la virginal geografía y las experiencias de la infancia con sus alegrías, evocan el recuerdo; rescatarlo, traer la fragancia de sus revelaciones para mostrar la virtud de la vida en su unión con la naturaleza, es una obligación. Eso he intentado hoy; y eso fue para nosotros Ciudad Piar.